

CRONICA INTERNACIONAL

EMPEZAREMOS nuestra crónica por el escenario de mayor perspectiva internacional en relación con los países dependientes: la Organización de las Naciones Unidas. Las sesiones del Consejo de Administración Fiduciaria transcurrieron sin pena ni gloria, aprobándose las Memorias presentadas por las potencias fideicomisarias. Por el contrario, en la Comisión *ad hoc* para el examen de la información transmitida con arreglo al capítulo XI de la Carta de San Francisco, se suscitaron varios incidentes. Las «potencias administradoras» — es decir, las metrópolis — se encuentran con que su primitivo compromiso de suministrar datos «con fines estadísticos» se ha transformado en una verdadera fiscalización de su gestión, particularmente irritante cuando corre a cargo de potencias con extensas dependencias incorporadas (de cuya suerte a nadie dan cuenta) y cuando se trata de países emancipados (paralelamente expeditivos en el trato a sus masas o minorías indígenas). El único remedio que han encontrado consiste en efectuar reformas constitucionales — muchas efectivas sólo sobre el papel hasta que transcurrido un largo tiempo penetran en la realidad— y declarar que aquellos países «se gobiernan plenamente», dándoles de baja en las listas de dependencias sometidas a examen. La serie de esas disminuciones viene siendo importante. Los Estados Unidos han dado de baja a la zona del Canal de Panamá y más recientemente a Puerto-Rico, preparándose a hacerlo con Alaska y Hawai. Inglaterra a Rodesia del Sur (¿qué hará cuando funcione la Federación de las Rodesias y Nyasa?), Malta, los sultanatos árabes y Maldivas, preparándose a hacerlo con el Sudán. Francia a las Antillas, Guayana, Reunión y Argelia («departamento de Ultramar»), India, Oceanía y los Estados asociados. Holanda a las Antillas y Surinam. En fin, la propia Dinamarca ha anunciado su retiro de la Comisión, puesto que su última dependencia, Groenlandia, ha devenido en virtud de la re-

forma constitucional de junio pasado, un trozo de suelo incorporado al metropolitano, bajo la forma de dos prefecturas equiparadas a los *amster* europeos. Pero la Asamblea —que no ha ultimado aún su trabajo de determinación de los factores que califican como no autónomo a un territorio — ha rechazado la iniciativa holandesa, declarando que Antillas y Surinam no son «plenamente autónomos», ya que los respectivos *Landsregeeling* mantienen la suprema decisión de los poderes metropolitanos en muchos asuntos y los nuevos proyectos de Estatutos orgánicos siguen aún en discusión. Sin adoptar una resolución tan tajante respecto de Puerto-Rico, acordó nombrar una subcomisión encargada de estudiar su situación como «Estado Libre Asociado» y luego lo calificó de *autónomo*. Por supuesto que en ambos casos con la viva oposición de las metrópolis interesadas.

* * *

Se ve que existe el deseo de cubrir las apariencias desde el punto de vista monroviiano, declarando que en el hemisferio occidental no existe el «colonialismo», sino países unidos en plan igualitario a Estados europeos, como el Canadá, por ejemplo. La manera de hacerlo hasta ahora es burda. Las colonias europeas siguen existiendo en América y se mantienen no por la habilidad de sus metrópolis, sino por la debilidad de los naturales y de los Estados hispanoamericanos para emanciparlas. Sobre todo porque los Estados Unidos, pese a su anacrónica fraseología anticolonianista más hueca hoy que nunca, apoyan a las metrópolis europeas que son sus aliadas (?) en los asuntos internacionales y sacrifican sus compromisos continentales. El «colonialismo» subsiste, y a las reivindicaciones exteriores que suscita (Malvinas, Belice) se une la fermentación interior en algunos puntos. Típico ha sido lo sucedido en la Guayana británica. Había ésta estrenado una Constitución autonómica con sufragio universal —basado en una masa plural y semianalfabeta— aunque su Gobierno no fuera plenamente responsable. Las elecciones dieron una aplastante mayoría al Partido Progresista del Pueblo. Su jefe Chedyi Jagan formó un Gobierno homogéneo y trató de llevar a la práctica las demagógicas promesas que le sirvieron para conquistar la mayoría parlamentaria. Entonces la metrópoli intervino con el envío de fuerzas armadas, la

ocupación militar, la destitución del Gobierno reemplazado por un poder autoritario y, finalmente, la suspensión de la Constitución, con persecuciones de los progresistas. Este último paso no era nuevo (en 1928 lo hizo también y lo ha utilizado en Jamaica, Malta, Chipre, Terranova y donde lo ha necesitado). Un Libro Blanco metropolitano acusó a los destituidos de afinidades y concomitancias comunistas, conteniendo una declaración sobremanera singular para un Estado que se autocalifica como el patrón de la democracia: «El Gobierno de S. M. no está dispuesto a tolerar el establecimiento en el Imperio de ningún Gobierno totalitario...» El problema pasó luego al campo de la política interna - los laboristas defendieron a los destituidos cuando ya los hechos estaban consumados - y sobre todo sirvió para llamar la atención del Colonial Office sobre otra colonia americana en donde también se había anunciado un experimento parecido de sufragio universal prematuro: Belice, donde el partido de la Unidad propugnaba una versión local del monroviismo, bien vista por los vecinos guatemaltecos, cuyo Gobierno tan especial singularización tiene entre los hispanoamericanos.

* * *

El perenne problema de los dos protectorados norteafricanos dependientes de Francia, no dió lugar, en cambio, en la O. N. U., a nuevas medidas importantes. Los Estados Unidos apoyaron incondicionalmente al bloque colonista francoinglés y varios países hispanoamericanos vacilaron restando votos al bloque afroasiático. Este facilitó su propio fracaso extremando algunas de sus proposiciones iniciales hasta términos irreales: independencia para Marruecos en el plazo de tres (luego cinco) años. Las restantes más adecuadas —cese de medidas excepcionales, negociaciones hacia la autonomía, elecciones— fueron arrastradas al fracaso, pese a la incorporación de enmiendas de tercer origen (boliviano en el caso de Marruecos, hindú en el de Túnez). Las proposiciones aprobadas en ambos casos no alcanzaron el *quorum* reglamentario para asegurar una definitiva adopción.

De estas particularidades diplomáticas se benefició Francia para maniobrar muy desigualmente. En Túnez, la llegada del nuevo re-

sidente Pierre Voizard marcó una cierta *détente* en el régimen de imposición violenta, permitiendo algunas esperanzas de que se reanudarán las conversaciones para buscar una salida a la situación. Desgraciadamente, en Marruecos los intereses financieros y feudales que habían llegado a provocar la destitución del Sultán camparon libremente, mas con dudosa eficacia. Pues si la represión fué expeditiva (provocando espasmos terroristas) y lo mismo acaeció con la promulgación de Dahiros y Decretos, instituyendo un singular remedio de Estado semiconstitucional bajo una doble soberanía desigualmente concurrente —por predominar la francesa—, en cambio, faltaron las realizaciones económicas y sociales, sin las cuales los gestos de fuerza no se curarán nunca de su impopularidad inicial, dentro y fuera del país. La prensa árabe e internacional destacó la claridad con que el Jalifa de la zona de influencia española mantenía su reconocimiento de la legítima autoridad sultaniana; de modo que la más importante consecuencia exterior de los hechos consumados por Rabat fué la de dividir las encarnaciones del Trono del país. Como desviaciones adicionales del problema, se suscitan enojosas situaciones y polémicas por la suspensión de parte de la ayuda americana —con motivo de las medidas comerciales restrictivas al margen del fallo del Tribunal de La Haya en 1952— y por la modificación de algunos planes americanos en orden a la ampliación de bases aéreas, suprimiendo una.

* * *

También se ocupó la O. N. U. de Palestina. El malhumor agresivo y la inquietud que caracterizan al sionismo, pletórico de dificultades dentro de su sede israelí, tuvieron una trágica exteriorización con el asalto y la matanza de civiles —niños y mujeres incluídos— en Quibya. Ante el terminante informe del «observador» de la O. N. U., los occidentales, tradicionalmente protectores de Israel, no tuvieron más remedio que condenarlo, si bien platónicamente y para «cumplir». La actitud americana fué típica: primero anunció la suspensión de la ayuda financiera. Luego anunció que sería temporal y condicionada a una enmienda. Al final, ninguna suspensión —contra la promesa israelí de no desviar el Jordán— y envió de un «mediador» que ofreciera como siempre dólares para los refugiados y las obras hidráulicas, a

cambio del reconocimiento del Estado judío. Anotemos en este período de tiempo la retirada del fatigado *Premier* Ben Gurion y la reanudación de las relaciones judías con Moscú, en contraposición a las desavenencias entre la judería americana, la Agencia judía y el sionismo oficial.

Hay que señalar que del lado árabe siguió predominando la impulsión desarticulada sobre la cooperación reflexiva. Pese a la celebración de la Conferencia Militar de miembros de la Liga en El Cairo, nerviosismo y rumores aumentaron la expectación en torno a las negociaciones angloegipcias sobre Suez, de las que ya en octubre se decía que estaban virtualmente listas para un acuerdo a reservas de ultimar pequeños detalles («número y uniforme de los técnicos que permanecieran») que parecían resultar interminables. Aprovechando esa situación, Turquía ofrecía a Iskanderum como *ersatz* de Suez. La expectación rodeó también a las elecciones constituyentes sudanesas, pintorescas, interminables y decisivas, no sólo para el futuro del país, sino para las partes interesadas: Albión y el país de los faraones. Un Sudán independiente agruparía el bloque de Estados que desde Libia (emancipada en 1952) va a Somalia (que lo será en 1960) con enorme influencia sobre los países del Indico. Los resultados, favorables al Partido de la unidad, mantuvieron la incógnita sobre los rumbos del país.

En el mundo árabe, acaeció en este período una gran pérdida, la muerte de Ibn Seud, que, sin embargo, no fué acompañada de ninguna mutación diplomática, manteniéndose por su primogénito y sucesor la política de prudente equilibrio que ha dado veinte años de paz a la península arábiga, otrora tan pródiga en incidentes.

* * *

En cambio, los países no árabes del Oriente Medio y del Lejano han seguido viviendo una historia agitada y en algunos escenarios de modo sangriento. En el Irán, la espectacular *volta face* que derrocó a Mossadeq y entronizó al Shah con el general Zahedi, fué acompañada de intranquilizadores movimientos de los *gasgai* y *bajtiaris*, de negociaciones al principio entre cortinas con Inglaterra y Estados Unidos y de contactos con la U. R. S. S., dentro de una tónica general

de inestabilidad muy poco agradable. Más allá, la perenne polémica por Cachemira pareció encauzarse por el acuerdo Mohammad Ali-Nehru de confiar su solución plebiscitariamente a la población interesada. La India, a su vez, fué agitada por el eterno problema comunitario, que resuelto en el sentido «autofraccionista» en Andhra estimuló los ímpetus de los *nagas* y otros pueblos que se consideran sacrificados, no faltando las habituales advertencias — casi amenazadoras — a Francia y Portugal respecto de sus reliquias indostánicas. También protestó la India de las negociaciones entre Pakistán y Estados Unidos.

Relativamente tranquila fué la vida exterior de Birmania y Siam, desde el acuerdo de evacuación de las tropas nacionalistas chinas de Limim. Pero mucho menor la de los reinos indochinos donde el fragor de la agotadora e inacabable lucha se unió el desconcierto político y los forcejeos consiguientes. Con el más débil de los tres, Laos, pudo Francia concluir un acuerdo — inserto en los textos de este mismo CUADERNO — de los llamados *de principio*, o sea que promete mucho y lo aplaza todo para los acuerdos de detalle, tan prosaicos como decisivos. La «resistencia pacífica» de Norodom Sihanuk le permitió arrancar a Francia varias transferencias de servicios, incluso militares, como precedente de las negociaciones de un nuevo acuerdo. Como siempre, el caótico Viet-Nam ofreció la mayor dificultad. Su confuso e híbrido «Congreso Nacional» se pronunció primero por la separación radical de la Unión Francesa y luego ante la reacción de París, por una separación temporal conciliable con un ulterior acuerdo de adhesión bajo nueva base. Entretanto, en la Asamblea Nacional, Laniel reiteraba que — pese a la ayuda en material, dinero y declaraciones de Nixon, de los Estados Unidos — su Gobierno estaba dispuesto a negociar la paz en cuanto «los rebeldes» dieran el primer paso, que al menos «oralmente» fué dado después.

También fué silenciosamente confuso y agrio el panorama de Malaya, ruidosamente confuso el de Formosa — por la crisis del Gobierno nacionalista — y ruidoso y amenazador el de Corea, dado el cariz de las interminables «explicaciones» a los prisioneros, de las conferencias preliminares de paz, de las declaraciones de Rhee y de los preparativos comunistas, coronados por los tratados entre Pyong-Pyang y Pekín que en Europa marchitaron tantas ilusiones neutralistas.

Asimismo debemos registrar en estos escenarios la arrolladora victoria electoral de la coalición nacionalistademócrata sobre los liberales

en Filipinas y la exaltación a la primera magistratura del país de Ramón Magsaysay, figura excepcional en las luchas contra las infiltraciones comunistas en el archipiélago.

Concluamos nuestra visión del Lejano Oriente con la anotación de las turbulencias que ensombrecen los primeros pasos de Indonesia como país independiente: inestabilidad parlamentaria y gubernativa; crisis de producción y escasez de alimentos; rebeliones del *Darul-Islam* y de *Atchin*; conflicto entre las islas orientales de la República y el territorio conservado por los holandeses de Nueva Guinea.

* * *

En comparación con el mundo oriental, el de Africa subsahariana ha vivido mucho más tranquilo. Nos referimos al aspecto de su vida internacional, pues en el interno la huelga general en Dakar puso de relieve la ineffectividad del flamante «Code du Travail d'Outre-Mer», obstaculizado o esquivado por muchos interesados, pese a las promesas del Alto Comisario Cornut-Gentile ante el Gran Consejo del A. O. F. También la retirada de los ministros federales del primer Gobierno de la nueva Federación de las Rodesias y Nyassa — ante la actitud de los confederados de orientación proboer, en el momento en que el ministro Walensk trataba de colocar en la City un empréstito de 30 millones de libras— vino a dibujar algunas sombras sobre el horizonte de la naciente creación. Por otra parte, en la misma Unión Sudafricana la oposición seguía combatiendo rudamente los proyectos gubernamentales, bajo las acusaciones de inconstitucionalidad, peligro de segregación de Natal y provocación de explosiones indígenas o hindúes. Desde luego, la Unión necesitaba una cierta tregua, o por lo menos apaciguamiento político, para ofrecer un frente unido ante las proposiciones de la O. N. U. —inspiradas en gran parte por la India—, insistiendo en la conversión del antiguo mandato de la A. S. O. en fideicomiso, con cláusulas y condiciones que no dejarían de originar molestias a los fideicomisarios. De ahí la lógica de las contraproposiciones sudafricanas ofreciendo efectuar una administración en condiciones semejantes a las del antiguo mandato, bajo el control de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

En el panorama relativamente tranquilo del África negra, la re-

presión británica de los mau-mau de Keña —con el empleo de aviones de bombardeo contra las formaciones semimilitares de aquellos operantes en los Aberdares y las faldas del Keña, bajo el mando de los «generales» Rusia y China — replanteó el problema del futuro constitucional de blancos y autóctonos en las tierras altas de la colonia y de la dificultad de utilizarlas como ingrediente básico para una eventual Federación Estafricana, mientras no se solucione aquella cuestión previa. No obstante, el Gobierno inglés aseguró que se mantendrán los instrumentos constitucionales de Keña y los compromisos internacionales respecto de Uganda, Zanzíbar y Tanganica.

* * *

Ninguna novedad excepcional cabe señalar en nuestra crónica respecto de los territorios africanos en los que España asume responsabilidades, ni respecto de las relaciones entre nuestro país y los que se encuentran en las áreas de nuestra atención. Es, sin embargo, particularmente grato señalar la visita a España de los soberanos de Libia y la cordial entrevista de S. M. Idris I con nuestro Jefe de Estado. También fueron cordiales y fructíferas las visitas del secretario adjunto de la Liga Árabe, Ech-Chukairi y su entrevista con nuestro ministro de Asuntos Exteriores, llamada a repetirse cuando aquél pueda quedar libre de las urgentes ocupaciones que le llevaron a acortar sus estancias entre nosotros para acudir a El Cairo. Sus declaraciones a propósito de su visita, tan halagüeña para España como objetiva, han repercutido en el mundo entero, incluso en las capitales habituales a silenciar o prescindir todo lo relativo a la presencia mundial de España. Al mismo tiempo es de señalar el envío de una misión comercial española en Próximo Oriente.

Para concluir debemos anotar la favorable acogida que los acuerdos hispanonorteamericanos del 26 de septiembre de 1953 han tenido entre los países árabes, orientales y africanos, coincidentes en esto con los hispanoamericanos. Dos grandes bloques a los que el tema español une y cuya cooperación mundial pudiera ser fructífera en muchos aspectos.

* * *

El viaje de la Reina de Inglaterra a través de su Imperio ha ofrecido en sus distintas escalas margen para apreciar la situación de los heterogéneos problemas existentes en los territorios e islas visitados o bordeados. La primera etapa fué en las Bermudas, no mucho antes de que en ellas se reunieran los «tres grandes» que preparaban la reunión ulterior de los cuatro. El encantador escenario turístico de las islas ofreció a la regia visitante su panorama de adhesiones, entre las que apenas discrepó la voz del diputado de color en el Parlamento local, F. Gordon, quejándose de que en el banquete de gala la población negra mayoritaria en la colonia sólo hubiera estado representada por dos camareros. En Jamaica, la Soberana paseó entre los recuerdos de los españoles y los filibusteros y escuchó del jefe local, A. C. Bustamante, la mención de algunos de los problemas insulares. Cruzó luego el Canal de Panamá —norteamericano y no británico— recibiendo a la vez en Panamá un saludo oficial del Gobierno y una protesta contra la subsistencia del colonismo británico en el Caribe, de la «Liga Democrática Antiimperialista». Luego en el Pacífico, visitó a su popular colega la Reina Salote de Tonga y a la colonia muy pluralizada en su población de Fiyi. Satisfactoriamente gratas han de ser (que se celebrarán según el programa fijado después de aparecer este CUADERNO) sus etapas en los dos Dominios enteramente británicos del Pacífico —Australia y Nueva Zelanda— y en el menos británico (racialmente) de Ceylán, bien que en éste los pequeños grupos comunistas intentarán disentir de la bienvenida general. El programa comprende luego una etapa en Aden —que será más grata desde el punto de vista de la reanudación de las relaciones anglopersas, pero menos grata recordando el triunfo de los nacionalunionistas en las elecciones sudanesas—, descendiendo luego a Entebbe. Esta etapa podrá o no ser grata, según que se hayan esfumado para entonces las agitaciones suscitadas en Uganda por el destronamiento del *Kabaka* de Uganda, Mutara-Mutesa II (gran amigo de España que visitó varias veces), efectuado en diciembre bajo la acusación de trabajar para la separación de su reino, aunque más exacta parece la versión según la cual sólo pretendía un mayor *self-government* (predicado por sus protectores, aunque no siempre practicado). Esta agitación ha sido avivada por la vecindad de Keña y Sudán. Luego el viaje regio prevé una escala en Tobruk (oficialmente libio) y bordeando Malta una postrera estancia —en mayo— en Gibraltar. Para los españoles, el matiz

político dado a esta última etapa no será sino un motivo más de irritación y dolor que sin afianzar un ápice la ocupación británica del Peñón, encenderá algo más los sentimientos que se interponen en el camino de la amistad hispanobritánica. En relación con esa etapa, dícese que Malta y Gibraltar pasarán del Ministerio de Colonias al del Interior, como ahora está Irlanda del Norte. La medida se nos antoja harto trivial para resolver cualquiera de los problemas que la presencia británica en ambos territorios tiene planteados.

JOSÉ MARÍA CERDERO TORRES

CRONICA INTERNACIONAL

EMPEZAREMOS nuestra crónica por el escenario de mayor perspectiva internacional en relación con los países dependientes: la Organización de las Naciones Unidas. Las sesiones del Consejo de Administración Fiduciaria transcurrieron sin pena ni gloria, aprobándose las Memorias presentadas por las potencias fideicomisarias. Por el contrario, en la Comisión *ad hoc* para el examen de la información transmitida con arreglo al capítulo XI de la Carta de San Francisco, se suscitaron varios incidentes. Las «potencias administradoras» — es decir, las metrópolis — se encuentran con que su primitivo compromiso de suministrar datos «con fines estadísticos» se ha transformado en una verdadera fiscalización de su gestión, particularmente irritante cuando corre a cargo de potencias con extensas dependencias incorporadas (de cuya suerte a nadie dan cuenta) y cuando se trata de países emancipados (paralelamente expeditivos en el trato a sus masas o minorías indígenas). El único remedio que han encontrado consiste en efectuar reformas constitucionales — muchas efectivas sólo sobre el papel hasta que transcurrido un largo tiempo penetran en la realidad— y declarar que aquellos países «se gobiernan plenamente», dándoles de baja en las listas de dependencias sometidas a examen. La serie de esas disminuciones viene siendo importante. Los Estados Unidos han dado de baja a la zona del Canal de Panamá y más recientemente a Puerto-Rico, preparándose a hacerlo con Alaska y Hawai. Inglaterra a Rodesia del Sur (¿qué hará cuando funcione la Federación de las Rodesias y Nyasa?), Malta, los sultanatos árabes y Maldivas, preparándose a hacerlo con el Sudán. Francia a las Antillas, Guayana, Reunión y Argelia («departamento de Ultramar»), India, Oceanía y los Estados asociados. Holanda a las Antillas y Surinam. En fin, la propia Dinamarca ha anunciado su retiro de la Comisión, puesto que su última dependencia, Groenlandia, ha devenido en virtud de la re-

forma constitucional de junio pasado, un trozo de suelo incorporado al metropolitano, bajo la forma de dos prefecturas equiparadas a los *amster* europeos. Pero la Asamblea —que no ha ultimado aún su trabajo de determinación de los factores que califican como no autónomo a un territorio — ha rechazado la iniciativa holandesa, declarando que Antillas y Surinam no son «plenamente autónomos», ya que los respectivos *Landsregeeling* mantienen la suprema decisión de los poderes metropolitanos en muchos asuntos y los nuevos proyectos de Estatutos orgánicos siguen aún en discusión. Sin adoptar una resolución tan tajante respecto de Puerto-Rico, acordó nombrar una subcomisión encargada de estudiar su situación como «Estado Libre Asociado» y luego lo calificó de *autónomo*. Por supuesto que en ambos casos con la viva oposición de las metrópolis interesadas.

* * *

Se ve que existe el deseo de cubrir las apariencias desde el punto de vista monroviiano, declarando que en el hemisferio occidental no existe el «colonialismo», sino países unidos en plan igualitario a Estados europeos, como el Canadá, por ejemplo. La manera de hacerlo hasta ahora es burda. Las colonias europeas siguen existiendo en América y se mantienen no por la habilidad de sus metrópolis, sino por la debilidad de los naturales y de los Estados hispanoamericanos para emanciparlas. Sobre todo porque los Estados Unidos, pese a su anacrónica fraseología anticolonianista más hueca hoy que nunca, apoyan a las metrópolis europeas que son sus aliadas (?) en los asuntos internacionales y sacrifican sus compromisos continentales. El «colonialismo» subsiste, y a las reivindicaciones exteriores que suscita (Malvinas, Belice) se une la fermentación interior en algunos puntos. Típico ha sido lo sucedido en la Guayana británica. Había ésta estrenado una Constitución autonómica con sufragio universal —basado en una masa plural y semianalfabeta— aunque su Gobierno no fuera plenamente responsable. Las elecciones dieron una aplastante mayoría al Partido Progresista del Pueblo. Su jefe Chedyi Jagan formó un Gobierno homogéneo y trató de llevar a la práctica las demagógicas promesas que le sirvieron para conquistar la mayoría parlamentaria. Entonces la metrópoli intervino con el envío de fuerzas armadas, la

ocupación militar, la destitución del Gobierno reemplazado por un poder autoritario y, finalmente, la suspensión de la Constitución, con persecuciones de los progresistas. Este último paso no era nuevo (en 1928 lo hizo también y lo ha utilizado en Jamaica, Malta, Chipre, Terranova y donde lo ha necesitado). Un Libro Blanco metropolitano acusó a los destituidos de afinidades y concomitancias comunistas, conteniendo una declaración sobremanera singular para un Estado que se autocalifica como el patrón de la democracia: «El Gobierno de S. M. no está dispuesto a tolerar el establecimiento en el Imperio de ningún Gobierno totalitario...» El problema pasó luego al campo de la política interna - los laboristas defendieron a los destituidos cuando ya los hechos estaban consumados - y sobre todo sirvió para llamar la atención del Colonial Office sobre otra colonia americana en donde también se había anunciado un experimento parecido de sufragio universal prematuro: Belice, donde el partido de la Unidad propugnaba una versión local del monroviismo, bien vista por los vecinos guatemaltecos, cuyo Gobierno tan especial singularización tiene entre los hispanoamericanos.

* * *

El perenne problema de los dos protectorados norteafricanos dependientes de Francia, no dió lugar, en cambio, en la O. N. U., a nuevas medidas importantes. Los Estados Unidos apoyaron incondicionalmente al bloque colonista francoinglés y varios países hispanoamericanos vacilaron restando votos al bloque afroasiático. Este facilitó su propio fracaso extremando algunas de sus proposiciones iniciales hasta términos irreales: independencia para Marruecos en el plazo de tres (luego cinco) años. Las restantes más adecuadas —cese de medidas excepcionales, negociaciones hacia la autonomía, elecciones— fueron arrastradas al fracaso, pese a la incorporación de enmiendas de tercer origen (boliviano en el caso de Marruecos, hindú en el de Túnez). Las proposiciones aprobadas en ambos casos no alcanzaron el *quorum* reglamentario para asegurar una definitiva adopción.

De estas particularidades diplomáticas se benefició Francia para maniobrar muy desigualmente. En Túnez, la llegada del nuevo re-

sidente Pierre Voizard marcó una cierta *détente* en el régimen de imposición violenta, permitiendo algunas esperanzas de que se reanudarán las conversaciones para buscar una salida a la situación. Desgraciadamente, en Marruecos los intereses financieros y feudales que habían llegado a provocar la destitución del Sultán camparon libremente, mas con dudosa eficacia. Pues si la represión fué expeditiva (provocando espasmos terroristas) y lo mismo acaeció con la promulgación de Dahiros y Decretos, instituyendo un singular remedio de Estado semiconstitucional bajo una doble soberanía desigualmente concurrente —por predominar la francesa—, en cambio, faltaron las realizaciones económicas y sociales, sin las cuales los gestos de fuerza no se curarán nunca de su impopularidad inicial, dentro y fuera del país. La prensa árabe e internacional destacó la claridad con que el Jalifa de la zona de influencia española mantenía su reconocimiento de la legítima autoridad sultaniana; de modo que la más importante consecuencia exterior de los hechos consumados por Rabat fué la de dividir las encarnaciones del Trono del país. Como desviaciones adicionales del problema, se suscitan enojosas situaciones y polémicas por la suspensión de parte de la ayuda americana —con motivo de las medidas comerciales restrictivas al margen del fallo del Tribunal de La Haya en 1952— y por la modificación de algunos planes americanos en orden a la ampliación de bases aéreas, suprimiendo una.

* * *

También se ocupó la O. N. U. de Palestina. El malhumor agresivo y la inquietud que caracterizan al sionismo, pletórico de dificultades dentro de su sede israelí, tuvieron una trágica exteriorización con el asalto y la matanza de civiles —niños y mujeres incluídos— en Quibya. Ante el terminante informe del «observador» de la O. N. U., los occidentales, tradicionalmente protectores de Israel, no tuvieron más remedio que condenarlo, si bien platónicamente y para «cumplir». La actitud americana fué típica: primero anunció la suspensión de la ayuda financiera. Luego anunció que sería temporal y condicionada a una enmienda. Al final, ninguna suspensión —contra la promesa israelí de no desviar el Jordán— y envió de un «mediador» que ofreciera como siempre dólares para los refugiados y las obras hidráulicas, a

cambio del reconocimiento del Estado judío. Anotemos en este período de tiempo la retirada del fatigado *Premier* Ben Gurion y la reanudación de las relaciones judías con Moscú, en contraposición a las desavenencias entre la judería americana, la Agencia judía y el sionismo oficial.

Hay que señalar que del lado árabe siguió predominando la impulsión desarticulada sobre la cooperación reflexiva. Pese a la celebración de la Conferencia Militar de miembros de la Liga en El Cairo, nerviosismo y rumores aumentaron la expectación en torno a las negociaciones angloegipcias sobre Suez, de las que ya en octubre se decía que estaban virtualmente listas para un acuerdo a reservas de ultimar pequeños detalles («número y uniforme de los técnicos que permanecieran») que parecían resultar interminables. Aprovechando esa situación, Turquía ofrecía a Iskanderum como *ersatz* de Suez. La expectación rodeó también a las elecciones constituyentes sudanesas, pintorescas, interminables y decisivas, no sólo para el futuro del país, sino para las partes interesadas: Albión y el país de los faraones. Un Sudán independiente agruparía el bloque de Estados que desde Libia (emancipada en 1952) va a Somalia (que lo será en 1960) con enorme influencia sobre los países del Indico. Los resultados, favorables al Partido de la unidad, mantuvieron la incógnita sobre los rumbos del país.

En el mundo árabe, acaeció en este período una gran pérdida, la muerte de Ibn Seud, que, sin embargo, no fué acompañada de ninguna mutación diplomática, manteniéndose por su primogénito y sucesor la política de prudente equilibrio que ha dado veinte años de paz a la península arábiga, otrora tan pródiga en incidentes.

* * *

En cambio, los países no árabes del Oriente Medio y del Lejano han seguido viviendo una historia agitada y en algunos escenarios de modo sangriento. En el Irán, la espectacular *volta face* que derrocó a Mossadeq y entronizó al Shah con el general Zahedi, fué acompañada de intranquilizadores movimientos de los *gasgai* y *bajtiaris*, de negociaciones al principio entre cortinas con Inglaterra y Estados Unidos y de contactos con la U. R. S. S., dentro de una tónica general

de inestabilidad muy poco agradable. Más allá, la perenne polémica por Cachemira pareció encauzarse por el acuerdo Mohammad Ali-Nehru de confiar su solución plebiscitariamente a la población interesada. La India, a su vez, fué agitada por el eterno problema comunitario, que resuelto en el sentido «autofraccionista» en Andhra estimuló los ímpetus de los *nagas* y otros pueblos que se consideran sacrificados, no faltando las habituales advertencias — casi amenazadoras — a Francia y Portugal respecto de sus reliquias indostánicas. También protestó la India de las negociaciones entre Pakistán y Estados Unidos.

Relativamente tranquila fué la vida exterior de Birmania y Siam, desde el acuerdo de evacuación de las tropas nacionalistas chinas de Limim. Pero mucho menor la de los reinos indochinos donde el fragor de la agotadora e inacabable lucha se unió el desconcierto político y los forcejeos consiguientes. Con el más débil de los tres, Laos, pudo Francia concluir un acuerdo — inserto en los textos de este mismo CUADERNO — de los llamados *de principio*, o sea que promete mucho y lo aplaza todo para los acuerdos de detalle, tan prosaicos como decisivos. La «resistencia pacífica» de Norodom Sihanuk le permitió arrancar a Francia varias transferencias de servicios, incluso militares, como precedente de las negociaciones de un nuevo acuerdo. Como siempre, el caótico Viet-Nam ofreció la mayor dificultad. Su confuso e híbrido «Congreso Nacional» se pronunció primero por la separación radical de la Unión Francesa y luego ante la reacción de París, por una separación temporal conciliable con un ulterior acuerdo de adhesión bajo nueva base. Entretanto, en la Asamblea Nacional, Laniel reiteraba que — pese a la ayuda en material, dinero y declaraciones de Nixon, de los Estados Unidos — su Gobierno estaba dispuesto a negociar la paz en cuanto «los rebeldes» dieran el primer paso, que al menos «oralmente» fué dado después.

También fué silenciosamente confuso y agrio el panorama de Malaya, ruidosamente confuso el de Formosa — por la crisis del Gobierno nacionalista — y ruidoso y amenazador el de Corea, dado el cariz de las interminables «explicaciones» a los prisioneros, de las conferencias preliminares de paz, de las declaraciones de Rhee y de los preparativos comunistas, coronados por los tratados entre Pyong-Pyang y Pekín que en Europa marchitaron tantas ilusiones neutralistas.

Asimismo debemos registrar en estos escenarios la arrolladora victoria electoral de la coalición nacionalistademócrata sobre los liberales

en Filipinas y la exaltación a la primera magistratura del país de Ramón Magsaysay, figura excepcional en las luchas contra las infiltraciones comunistas en el archipiélago.

Concluamos nuestra visión del Lejano Oriente con la anotación de las turbulencias que ensombrecen los primeros pasos de Indonesia como país independiente: inestabilidad parlamentaria y gubernativa; crisis de producción y escasez de alimentos; rebeliones del *Darul-Islam* y de *Atchin*; conflicto entre las islas orientales de la República y el territorio conservado por los holandeses de Nueva Guinea.

* * *

En comparación con el mundo oriental, el de Africa subsahariana ha vivido mucho más tranquilo. Nos referimos al aspecto de su vida internacional, pues en el interno la huelga general en Dakar puso de relieve la ineffectividad del flamante «Code du Travail d'Outre-Mer», obstaculizado o esquivado por muchos interesados, pese a las promesas del Alto Comisario Cornut-Gentile ante el Gran Consejo del A. O. F. También la retirada de los ministros federales del primer Gobierno de la nueva Federación de las Rodesias y Nyassa — ante la actitud de los confederados de orientación proboer, en el momento en que el ministro Walensk trataba de colocar en la City un empréstito de 30 millones de libras— vino a dibujar algunas sombras sobre el horizonte de la naciente creación. Por otra parte, en la misma Unión Sudafricana la oposición seguía combatiendo rudamente los proyectos gubernamentales, bajo las acusaciones de inconstitucionalidad, peligro de segregación de Natal y provocación de explosiones indígenas o hindúes. Desde luego, la Unión necesitaba una cierta tregua, o por lo menos apaciguamiento político, para ofrecer un frente unido ante las proposiciones de la O. N. U. —inspiradas en gran parte por la India—, insistiendo en la conversión del antiguo mandato de la A. S. O. en fideicomiso, con cláusulas y condiciones que no dejarían de originar molestias a los fideicomisarios. De ahí la lógica de las contraproposiciones sudafricanas ofreciendo efectuar una administración en condiciones semejantes a las del antiguo mandato, bajo el control de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

En el panorama relativamente tranquilo del África negra, la re-

presión británica de los mau-mau de Keña —con el empleo de aviones de bombardeo contra las formaciones semimilitares de aquellos operantes en los Aberdares y las faldas del Keña, bajo el mando de los «generales» Rusia y China — replanteó el problema del futuro constitucional de blancos y autóctonos en las tierras altas de la colonia y de la dificultad de utilizarlas como ingrediente básico para una eventual Federación Estafricana, mientras no se solucione aquella cuestión previa. No obstante, el Gobierno inglés aseguró que se mantendrán los instrumentos constitucionales de Keña y los compromisos internacionales respecto de Uganda, Zanzíbar y Tanganica.

* * *

Ninguna novedad excepcional cabe señalar en nuestra crónica respecto de los territorios africanos en los que España asume responsabilidades, ni respecto de las relaciones entre nuestro país y los que se encuentran en las áreas de nuestra atención. Es, sin embargo, particularmente grato señalar la visita a España de los soberanos de Libia y la cordial entrevista de S. M. Idris I con nuestro Jefe de Estado. También fueron cordiales y fructíferas las visitas del secretario adjunto de la Liga Árabe, Ech-Chukairi y su entrevista con nuestro ministro de Asuntos Exteriores, llamada a repetirse cuando aquél pueda quedar libre de las urgentes ocupaciones que le llevaron a acortar sus estancias entre nosotros para acudir a El Cairo. Sus declaraciones a propósito de su visita, tan halagüeña para España como objetiva, han repercutido en el mundo entero, incluso en las capitales habituales a silenciar o prescindir todo lo relativo a la presencia mundial de España. Al mismo tiempo es de señalar el envío de una misión comercial española en Próximo Oriente.

Para concluir debemos anotar la favorable acogida que los acuerdos hispanonorteamericanos del 26 de septiembre de 1953 han tenido entre los países árabes, orientales y africanos, coincidentes en esto con los hispanoamericanos. Dos grandes bloques a los que el tema español une y cuya cooperación mundial pudiera ser fructífera en muchos aspectos.

* * *

El viaje de la Reina de Inglaterra a través de su Imperio ha ofrecido en sus distintas escalas margen para apreciar la situación de los heterogéneos problemas existentes en los territorios e islas visitados o bordeados. La primera etapa fué en las Bermudas, no mucho antes de que en ellas se reunieran los «tres grandes» que preparaban la reunión ulterior de los cuatro. El encantador escenario turístico de las islas ofreció a la regia visitante su panorama de adhesiones, entre las que apenas discrepó la voz del diputado de color en el Parlamento local, F. Gordon, quejándose de que en el banquete de gala la población negra mayoritaria en la colonia sólo hubiera estado representada por dos camareros. En Jamaica, la Soberana paseó entre los recuerdos de los españoles y los filibusteros y escuchó del jefe local, A. C. Bustamante, la mención de algunos de los problemas insulares. Cruzó luego el Canal de Panamá —norteamericano y no británico— recibiendo a la vez en Panamá un saludo oficial del Gobierno y una protesta contra la subsistencia del colonismo británico en el Caribe, de la «Liga Democrática Antiimperialista». Luego en el Pacífico, visitó a su popular colega la Reina Salote de Tonga y a la colonia muy pluralizada en su población de Fiyi. Satisfactoriamente gratas han de ser (que se celebrarán según el programa fijado después de aparecer este CUADERNO) sus etapas en los dos Dominios enteramente británicos del Pacífico —Australia y Nueva Zelanda— y en el menos británico (racialmente) de Ceylán, bien que en éste los pequeños grupos comunistas intentarán disentir de la bienvenida general. El programa comprende luego una etapa en Aden —que será más grata desde el punto de vista de la reanudación de las relaciones anglopersas, pero menos grata recordando el triunfo de los nacionalunionistas en las elecciones sudanesas—, descendiendo luego a Entebbe. Esta etapa podrá o no ser grata, según que se hayan esfumado para entonces las agitaciones suscitadas en Uganda por el destronamiento del *Kabaka* de Uganda, Mutara-Mutesa II (gran amigo de España que visitó varias veces), efectuado en diciembre bajo la acusación de trabajar para la separación de su reino, aunque más exacta parece la versión según la cual sólo pretendía un mayor *self-government* (predicado por sus protectores, aunque no siempre practicado). Esta agitación ha sido avivada por la vecindad de Keña y Sudán. Luego el viaje regio prevé una escala en Tobruk (oficialmente libio) y bordeando Malta una postrera estancia —en mayo— en Gibraltar. Para los españoles, el matiz

político dado a esta última etapa no será sino un motivo más de irritación y dolor que sin afianzar un ápice la ocupación británica del Peñón, encenderá algo más los sentimientos que se interponen en el camino de la amistad hispanobritánica. En relación con esa etapa, dícese que Malta y Gibraltar pasarán del Ministerio de Colonias al del Interior, como ahora está Irlanda del Norte. La medida se nos antoja harto trivial para resolver cualquiera de los problemas que la presencia británica en ambos territorios tiene planteados.

JOSÉ MARÍA CERDERO TORRES